

Homilía, 2 de julio 2020 – Santuario San Guido M. Conforti
Inicio del Año Jubilar Xaveriano

«*Sea por todos conocido y amado nuestro Señor Jesucristo*»

Agradecemos al Señor que nos ha convocado en este día especial para todos nosotros. Le damos gracias por su Palabra que hace unos instantes hemos escuchado y que suena a nuestros corazones tan apropiada, tan particular, tan cierta. La profecía de Isaías sobre la llegada del reino de Dios, la conciencia de Pablo que se presenta – al mismo tiempo – como un grande y frágil misionero; el mandato misionero de Jesús – narrado por el evangelista Marco – que con confianza y esperanza encarga el Evangelio a aquellos apóstoles todavía indecisos y asustadizos... Estos textos son justamente para nosotros, hoy, aquí.

Queremos imaginar a Mons. Conforti en un día como hoy, hace cien años, enviando la Quinta Carta Circular, llamada luego Carta Testamento, «*A los queridísimos Misioneros presentes y futuros de la Pía Sociedad de S. Francisco Xavier para las Misiones Extranjeras*». Sabemos que el objetivo de esta carta fue comunicar la aprobación definitiva de nuestras primeras Constituciones de parte de la Santa Sede. Y antes que nada invitaba «*a agradecer al Señor*» y al mismo tiempo llamaba la atención «sobre el compromiso grave y solemne que con ello contraemos ahora ante Dios y su Iglesia» (LT 1). Era el 2 de julio de 1921.

Hoy nos encontramos aquí, en el Santuario de nuestra Casa Madre, en unión espiritual, a través del *streaming*, con todos nuestros cohermanos esparcidos en el mundo xaveriano, con las Hermanas Xaverianas y las Hermanas Josefinas, con los Laicos Xaverianos, y con todos nuestros familiares, bienhechores y amigos. Hoy, hacemos memoria de este momento histórico de nuestra Familia, y damos inicio a este año de gracia, un Año Jubilar que se concluirá el 2 de julio 2021.

Isaías, Jesús, los apóstoles, Pablo, Francisco Xavier, Guido M. Conforti... (y muchos, muchos más): son nuestros vínculos más fuertes que nos dicen que somos parte de una historia. Hacemos memoria para no desarraigarnos del terreno que nos nutre, de las raíces sanas y fuertes que nos han engendrado. Hacemos memoria porque no podemos arriesgarnos a llegar a ser extraños a nosotros mismos. Y, como ha dicho en estos días el Papa Francisco, “la memoria no es una cosa privada, sino que es el camino que nos une a Dios y a los demás”.

Son tres los puntos que me gustaría subrayar en esta homilía: agradecer al Señor; reconocer nuestras debilidades, nuestros pecados; y una palabra de esperanza que podemos resumir en la expresión: *repartir*.

1. **Agradecer al Señor.** Son muchos los motivos que tenemos para decir gracias a Dios, desde lo más hondo de nuestro corazón. El agradecimiento surge de la conciencia del don y del bien recibidos. Nuestra historia está marcada por la presencia continua de Dios. ¡Somos fruto del don de Dios! Con un corazón lleno de alegría y gratitud digamos: ¡Gracias, Señor!

Gracias ante todo por **el don de la fe**, porque hemos conocido a Jesucristo, por su Palabra de Vida, porque hemos sentido nuestros nombres sobre sus labios. Es verdad, como acabamos de escuchar, que Jesús reprende a sus discípulos *«porque tenían poca fe y se obstinaban en no creer a los que lo habían visto resucitado»*. La fe, incluso en nuestras dudas e incertidumbres, es el más grande don que Dios nos da. ¡Somos discípulos del Señor Jesús!

Gracias a **Jesucristo**, el icono del Padre, por la confianza que ha puesto en nosotros, tan pobres y frágiles. Nos ha confiado su mandato misionero: *«Vayan por todo el mundo y lleven el mensaje del Evangelio a toda criatura»*. Nos lo ha confiado y por lo tanto nos ha asociado con él. De esta forma, por pura gracia divina, hemos sido hechos discípulos-misioneros del Señor Jesús.

Gracias por **estos 125 años de vida** de nuestro Instituto misionero. Gracias por la aprobación de las primeras Constituciones por parte de la Iglesia. *«Los invito a regocijarse y a dar gracias al Señor por este hecho que es para nosotros una prueba inequívoca de la santidad y oportunidad del Instituto, al que hemos dado nuestro nombre»* (CT 1). El sueño de Conforti, desde hacía tiempo labrado en su corazón, era reconocido como inspirado por el Espíritu y querido por Dios mismo. Aprobando las Constituciones, la Iglesia nos ha confiado oficialmente, junto a otros Institutos y Congregaciones misioneras, una particularidad muy específica de la única misión de Jesucristo: la misión ad Gentes. Confiar quiere decir dar confianza.

Gracias por **los cohermanos**, iniciando con Mons. Conforti, hasta los últimos, en particular los cohermanos víctimas del Covid-19, que han ofrecido su vida, en un modo o en otro, para que *«Jesucristo sea conocido y amado»*. Es interesante recordar cómo han partido para la misión tantos cohermanos, en qué condiciones, las dificultades encontradas... y cómo han hecho de *“aquel lugar”* una epifanía del Señor. Los cementerios esparcidos en las diferentes Circunscripciones donde descansan muchos de estos cohermanos nuestros, son testimonio del don total de su vida.

Una mención particular debe ser dada a nuestros **cohermanos mártires**. Ellos son la expresión más clara y significativa del carisma xaveriano. El don de su vida, en China, en la República Democrática del Congo, en Bangladesh, en Brasil y en Burundi, manifiesta la elocuencia de la vocación misionera.

Gracias también por **todo nosotros, los que formamos hoy la Familia Xaveriana**. Los cohermanos esparcidos en los cuatro continentes, las Hermanas Misioneras de María-Xaverianas, las Hermanas Josefinas, los Laicos Xaverianos y toda la red de parientes, amigos y bienhechores que nos acompañan y que son parte de la misión de evangelización *ad Gentes* confiada a nosotros por parte de la Iglesia.

La misión continúa gracias a muchos cohermanos, hermanas y laicos que testimonian con su vida, día tras día, a menudo de manera discreta y casi anónima, allí donde se encuentran, la pasión de Dios por la humanidad. La manifiestan a través del anuncio directo del Evangelio a los no cristianos, a través de la promoción social, la defensa de la vida y la creación, en el diálogo/encuentro interreligioso e intercultural, en la denuncia profética de lo que niega a Dios ... Por todo esto, agradezcamos intensamente al Señor.

2. Reconocer nuestras debilidades, nuestros pecados. Son parte de nuestra vida y de nuestra historia. Son aquellas realidades personales, comunitarias, institucionales, que impiden la acción de Dios. Son un obstáculo a la manifestación del amor de Dios. Lejos de nosotros el querer hacer juicios. Sólo Dios conoce lo que hay en la profundidad del corazón humano. Queremos, sin embargo, poner nuestras debilidades ante el Señor; dejar que nos mire con amor para poder *repartir*, continuar nuestro camino, con un corazón arrepentido y lleno de gratitud. Es necesario ser conscientes de nuestros pecados, porque sólo quién se da cuenta de lo que realmente es, puede abrirse a la acción del Espíritu con un deseo de conversión. Además, aquí es importante recordar que formamos una única realidad, un sólo cuerpo, y por lo tanto lo que hace un miembro compromete, de modo positivo o negativo, al cuerpo entero. Por ello, ante el Señor, veamos juntos esta realidad de fragilidad que tiene diversas manifestaciones. Hago notar algunas de ellas.

- **Un modo de ser y de hacer individualista.** «*Un defecto que aparece muy difuso y que es causa de la mayor parte de las dificultades es el individualismo*», escribía la DG en 1990, en su Carta, *Exigencias de nuestra vocación misionera*. Treinta años después, tenemos que reconocer que el individualismo sigue estando presente en la vida de nuestra Familia. Se le ve en el exceso de protagonismo, en hacer por cuenta propia sin involucrar a los demás y sin informar, procediendo en solitario, al punto de considerar a los cohermanos y a la comunidad como un obstáculo para la propia realización. A la base de todo esto está el *YO*, con mayúsculas.

Se fatiga a morir al propio *yo* para nacer al *nosotros*. Se prefiere ir adelante como si uno fuera eterno. A veces se nota muy claramente la actitud de quien no se siente o no quiere sentirse parte de un proyecto comunitario, de un proceso que se hace

junto con, que requiere tiempos de búsqueda, de reflexión y discernimiento. Se va adelante, separados del *Cuerpo*, pero permaneciendo aún en el *Cuerpo*. Todo eso tiene una incidencia directa y negativa sobre la calidad de la vida comunitaria. Lo hemos escrito claramente también en la carta en vistas del Jubileo: el individualismo es expresión de un discipulado fallido (cfr. Mc 8,34).

- **L'ad gentes.** Los últimos Capítulos Generales han denunciado claramente una disminución de la pasión por el primer anuncio en nuestra Familia, haciendo, a la vez, repetidos llamados en vista de un reposicionamiento urgente de nuestras presencias misioneras. Buena parte de nuestras actividades todavía están dirigidas a personas y grupos humanos ya tocados por una primera evangelización. Nos dedicamos todavía a actividades pastorales genéricas, quizás más satisfactorias, pero ciertamente menos caracterizadas por un empuje profético. La disminución de la pasión por la misión *ad gentes* es debida a la disminución en la intensidad de la vida de fe. Ésta, a su vez, tiene como resultado la búsqueda de cierta comodidad, la preferencia por quedarse con lo que ya se conoce y donde ya se encuentra uno y, por lo tanto, la poca disponibilidad por 'la salida abrahámica'.
- **Identidad Xaveriana.** A veces se siente y se ve una relativización de esta identidad, es decir de la unión inseparable entre vida apostólica misionera y vida religiosa con los votos de pobreza, obediencia y castidad, tal como lo quiso Mons. Conforti. En algunos, esta relativización es teorizada, en otros practicada abiertamente, sin escrúpulos ni interrogantes. Se trata de una verdadera y real mutilación del carisma: proyectos personales, gestión privada de los medios sin informar a nadie, apego a un lugar o a una actividad específica, faltando de esta forma a la disponibilidad necesaria que tiene en cuenta el proyecto xaveriano en su conjunto...
- **El abuso de autoridad.** Me refiero a aquella manera de hacer de quien, habiendo recibido la confianza de parte de la Iglesia y de nuestro Instituto, en lugar de ponerse al servicio de los demás como Jesús nos muestra, abusa de esta confianza utilizándola como poder para dominar, para imponer, para corromper y actuar sin dar cuenta alguna a los que nos han confiado esta responsabilidad. El abuso de autoridad concierne a todos los ámbitos de nuestra vida: el modo de pensar, de hablar, de actuar, de administrar nuestras relaciones afectivas, el uso "privado" de medios materiales y económicos... Y eso a menudo se hace pesar "sobre los hombros" de los destinatarios de nuestra acción misionera.
- **La vida de oración** personal y comunitaria. Debería ser nuestra primera actividad, fundamento de nuestra fidelidad y compromiso apostólico (C 43). Se ve una carencia, ya sea a nivel personal como comunitario. A veces se conforma con lo

mínimo, mínimo. «*Si un árbol es bueno, da frutos buenos*» (Mt 7,17). Sin una verdadera vida de oración no hay vida cristiana, y menos aún vida consagrada. Se va hacia la mundanidad, llegando a ser funcionarios, separando la esfera pública de la privada.

3. Una palabra de esperanza bajo el nombre de *repartir*

El camino que el Capítulo General de 2013 proponía a nuestra Familia, era una invitación a *repartir*, a reestructurar, a reposicionarnos, teniendo presente el ejemplo del Fundador visto en los innumerables momentos que tuvo que *repartir*. (De esta característica de Mons. Conforti, nos habló don Angelo Manfredi, en el Congreso sobre la Espiritualidad Xaveriana en 2006). Como Familia misionera, estamos buscando de *repartir* y de reposicionarnos, con fatiga, pero también con esfuerzo. Lo hacemos con los ojos de la fe que nos ayuda a interpretar los desafíos del mundo con confianza, esperanza y creatividad, más allá de nuestras fragilidades personales o de Instituto.

Repartir,

- Antes que nada, **desde nuestra identidad** específica en la Iglesia: somos una Familia misionera llamada por Dios a consagrarle nuestra vida para la misión ad Gentes, saliendo de la propia tierra, cultura e Iglesia de origen. Es nuestra identidad en la Iglesia.
- **Desde nuestras raíces:** desde el amor de Dios por cada uno de nosotros: es Dios que nos ha amado por primero (1Jn 4,10). Repartir del primer amor: «*eran alrededor de las cuatro de la tarde*» (Jn 1,39); repartir de la unión íntima con el Señor Jesús como el sarmiento está unido a la vid (Jn 15,5).
- **(Repartir) Desde el “sueño” de Dios,** del banquete mesiánico del cual Isaías nos ha hablado en la primera lectura, del reino de Dios. Tener en nuestras mentes y en nuestros corazones las palabras de Mons. Conforti: llevar «nuestra pequeña aportación para que se cumpla el vaticinio de Cristo, que desea la formación de una sola familia cristiana, que abarque a la humanidad» (CT 1). Hacer del mundo una sola Familia en Cristo. Este es el ideal que pone en movimiento la fuerza divina que el Espíritu de Dios deposita en nosotros. Cuando no hay ideal no hay Dios y, por lo tanto, no hay vida.

Para repartir, éstas son las condiciones necesarias:

- **Claridad carismática.** El carisma, como don del Espíritu a su Iglesia, ha de ser vivido en su totalidad e integridad. No hay lugar para la reducción del carisma,

para su adaptación a las “necesidades” personales. Es un carisma, es un don, es una vocación. Y lo amamos como la identidad personal que el Señor ha dado a cada uno de nosotros.

- **Abrir las puertas**, como ha sucedido con los discípulos reunidos en el Cenáculo: dejarse conducir por el Espíritu para ir a vivir y quedarse en los contextos, lugares y situaciones existenciales donde Jesús no es todavía conocido ni amado (Mc 16,15-20). Hay necesidad de derrotar el miedo, de alejar los equilibrios humanos, aquellos: *sí... pero mira que...; sí... pero piensa que...*
- **Dejar las seguridades mundanas** para fiarse totalmente de la providencia de Dios Padre que cuida de los pájaros del cielo y de los animales de la tierra (Mt 6,25-33).
- **Dejar aquellos espacios, estructuras, campos de trabajo, compromisos apostólicos** que ya no son nuestros, porque sencillamente no son más al servicio de la misión ad Gentes.
- **Arrojo apostólico**, misionero, como el que ha acompañado a tantos de nuestros cohermanos y hermanas. Sin olvidar que este arrojo es un don del Espíritu, es fruto de la unión con el Señor.
- **Dejar de pensar en sí mismos** (Mc 8,34), en las propias necesidades, en las preocupaciones obsesivas por la propia salud, en la búsqueda del bienestar y por consiguiente de la seguridad... Jesús pide a sus discípulos de dejar de pensar en sí mismos (Mc 8,34). Cuando la preocupación por el YO es grande, entonces ya no hay fe y por lo tanto ya no hay Dios. Se reduce la propia vida a una obra humana. Un musulmán decía en estos días: *«El Mesías esperado por el pueblo de Israel no se ha presentado según sus expectativas de poder y prestigio, sino que ha venido para liberar al pueblo de la esclavitud del YO»*.
- **Personas enamoradas, apasionadas** de Dios Amor y su proyecto de salvación para la humanidad. Pasión que requiere **TODO**: pensamientos, palabras, obras, sentimientos, corazón. Personas unidas en torno al ideal de Dios. En nuestros corazones, no debería haber puesto ni para una mínima grieta.
- **Ser ligero de equipaje**, estar listos para partir, como Abraham nuestro padre en la fe, sin indecisiones y dudas, dondequiera que el Señor nos indique ir. Nuestra vida es un camino de fe, no es un camino humano. Por vocación – cristiana y misionera – somos nómadas, no sedentarios; expuestos a la incertidumbre, a la precariedad y no en búsqueda de seguridades.

- **Amar nuestra Familia Xaveriana** como la propia familia, y amar la misión que ella ha recibido de Dios; con los cohermanos que el Señor pone en nuestro camino en los diferentes momentos de nuestra vida, tal como son, para poder amarlo a través de ellos.

No hay puesto, en nuestra Familia, para la tibieza, los compromisos, el desaliento, el cansancio existencial, la indiferencia y, menos aún, para el miedo o para la doble vida. Dios nos ha salvado en Jesucristo. Vivimos la alegría de la salvación de Dios, la alegría de quien ha encontrado el tesoro escondido.

Hoy, en nuestra Familia, se requiere creatividad, búsqueda continua, compartición, ir más allá de las sendas conocidas. Se requiere fraternidad.

Que este Año Jubilar sea un año de gracia para nuestra Familia misionera y, por lo tanto, para cada uno de nosotros. **REPARTAMOS** con la misma alegría y esperanza que acompañaron a Mons. Conforti cuando anunció la aprobación de las Constituciones de parte de la Santa Sede *«a los queridísimos misioneros, presentes y futuros, de la Pía Sociedad de San Francisco Xavier para las Misiones Extranjeras»*.

Sea por todos conocido y amado nuestro Señor Jesucristo.

San Francisco Xavier y San Guido María Conforti, rueguen por nosotros.

2 de julio 2020

Parma, Casa Madre.